

ANDRÉS WAISMAN Y SU BÚSQUEDA DE LA ESENCIA

“La finalidad del arte es dar cuerpo a la esencia secreta de las cosas, no el copiar su apariencia”. Aristóteles

El post-modernismo ha dejado de lado algo fundamental del hombre, de la sabiduría antigua, expresada en el proverbio que sin profecía el pueblo perecerá. La simple existencia de ese prodigioso mecanismo que es el tiempo futuro de los verbos, o de las estructuras condicionales implica la posibilidad de imaginar lo ilimitado. Porque la profecía es la emisión de la palabra creadora, aquella que vivifica, regenera y transfigura la razón del hombre, la que hace época, al grado que cuando falta, el infinito se convierte en desierto absoluto. Por eso, el lugar de la felicidad ha sido usurpado por el de la satisfacción, lo eterno por lo inmediato.

Andrés Waisman pisa terreno muy firme al hacernos ver que, gracias a su facultad de entrar en comunicación con lo propiamente humano, su arte es por naturaleza un don profético. Identificando el sentimiento del artista responsable y en virtud de sus símbolos con la razón espiritual del mundo, ciertos acontecimientos significativos de nuestra historia resultan ser para Andrés Waisman sentidos como propios, por eso, no puede concebir la actividad filosófica / creativa sin la presencia en su horizonte de la idea de una sociedad libre de cualquier forma de dominio, violencia y resentimiento. Éste es propiamente el sentido de su posición crítica/ artística, que describe y contempla la realidad desde el contraste con lo que sería posible y lo deseable. La idea es comprender por qué no se ha producido la revolución social esperada, por qué el ser humano tiende justamente a identificarse con el poder que lo domina y por qué precisamente en el momento histórico en el que gracias al desarrollo técnico y científico de la humanidad, sería posible la emancipación individual se produce todo lo contrario: la aniquilación masiva de la “individualidad”. Esto es una perversa contradicción patente en su obra. Las guerras, éxodos, el racismo, la pobreza, los niños esclavos, los vagabundos, la destrucción del medio ambiente, son en su obra una gran alegoría sobre la pérdida de lo esencial; en algunos casos lo plasma en forma de espacios en lucha (*El Final del Imperio*), en otros en resentida melancolía (*Las Multitudes*). Bien intuye en estas series el fracaso estrepitoso de la racionalidad, ya que ha desembocado en nefastas dictaduras y en horrendas guerras. Nadie espera ya que la ciencia resuelva los problemas humanos. El marxismo que un tiempo fue la esperanza de la humanidad, ha muerto. El capitalismo es un inhumanismo. La multiplicación de teorías ha generado la desconfianza con respecto a las grandes palabras: persona, ley natural, valores, verdades, compromisos, fidelidad, sentido de la vida, sentido de la Historia, una sociedad humana, una moral. El hombre ha quedado enclaustrado en la subjetividad de sus sensaciones, a las que llama "ideas", sumido en la ignorancia de toda la verdad trascendente, sin explicación posible del sentido de su vida.

El artista ha de tener una fuerte convicción de su opción estética, por eso Andrés Waisman cree en un arte cuya complejidad emane de la mente de un creador atento a su propia voz interior, sin que su trabajo tenga que ser filtrado a través de gustos mayoritarios.

En su obra Andrés destacaría la fusión de las dos tendencias que predominan en el arte desde los tiempos donde la pintura era ritual: por una parte un arte visual concreto, sensible,

luminoso y particular y por otra la tradición mental, abstracta, racional, geométrica, universal. La denuncia y la estética fusionados en esos dos polos que coexisten simultáneamente en su obra. Este fenómeno lo logra acentuando en algunos casos lo que la sombra tiene de formal y en otros, resalta lo que tiene de accidente luminoso. Distanciamiento respetuoso y deuda permanente con sus maestros Augusto Torres y Antonio Seguí.

En sus primeras series el negro, los colores tenues y las atmósferas vaporosas y etéreas, tendentes a la desmaterialización marcarán el devenir de su pintura, mientras que a finales de los noventa asistimos al empleo de grandes formatos y a la presencia en sus composiciones de algunas notas dramáticas, propiciadas por el uso de gamas más oscuras y de efectos de profundidad. Que en su originalidad son homenaje y diálogo con la pintura de los norteamericanos Rothko, Motherwell, De Kooning. A principios de este siglo, donde el hombre sigue sin escuchar a la Historia, Andrés Waisman volverá a una pintura de nuevo comprometida con el individuo buscando el equilibrio de relación e influjo entre el pintor y la época del mismo. Este enfrentamiento de dos realidades distantes, hombre y circunstancia como quiere Ortega y Gasset, le sirve a Andrés Waisman para crear la imagen de un hombre en el que confluyen el tiempo como historia y el individuo como humanidad. El artista como elemento que transforma la historia; más bien, como intérprete de la historia que al reflejarla en su obra le proporciona al ser humano sentido transformador y empieza a cobrar conciencia de ella, de lo que encierra y vale, de sus potencias, de la arduidad de su uso, de lo que con ella podría decir, y quizá no sepa decir. La humanidad duerme o está de compras en un deambular sin sentido, pero eso el artista está en la obligación de hacerla soñar, de hacernos recuperar la ilusión por el individuo y por la comunidad.

Las series Las Multitudes y El Alfabeto Perdido comparten experiencias similares, ambos tienden hacia una "realidad oculta" para el hombre común. Sin embargo, esta realidad es expresada en forma diferente: Las Multitudes tiende hacia el misterio de Dios - encaminándose hacia el Silencio - mientras que El Alfabeto Perdido. tiende hacia el misterio de lo humano -encaminándose hacia el Verbo-. De esta manera su búsqueda de la experiencia mística/ poética puede emparentarse con la búsqueda del amor/ser amado, ya que la relación entre sensualidad y pintura es tal que puede decirse, sin afectación, que en la primera tiende hacia una poética corporal y la segunda hacia una erótica verbal.

Su pintura nos incomoda, sí, como una pesadilla pavorosa de la que tratan de hacerse los distraídos pidiendo a otra especie de pintura en mejor acuerdo con cualquier "clasicismo" sosegado, alguna "diversión". Como si el arte vivo fuera no más que un diletantismo imaginado para reproducir cierto filosófico consuelo, en vez de ser un testigo de cargo y calidad de nuestro tiempo, que haga creadoramente imposibles distracciones. A él no le ha sido asignado ni ha nacido para el oficio de "distraer" ni de "divertir". Su arte es una conversación con lo esencial. He aquí el por qué su pintura, siempre asociada principalmente al sentimiento religioso de pueblos y culturas, interviniendo incluso en la formulación de las creencias mítico-religiosas en que descansan las esperanzas.

Andrés Waisman, no ha perdido ni vendido ni empeñado su destino y compromiso en las refriegas críticas del siglo, no ha olvidado que el arte es una actividad esencialmente humana, más profunda que la simple conciencia vegetativa, y que su profesión es profesión

de fe. Pero fe, no en los fetichismos idolátricos al servicio de una puerilidad sólo en apariencia ficticia, sino en el Ser de nuestro tiempo que, para encontrarse en trance de universalismo, resulta ser el mismo Dios/Hombre, no uno sino todos.

Ausencia, búsqueda, presencia y unión con lo Esencial y sus símbolos místicos / poéticos son el motivo de su pintura, por eso, Andrés Waisman es un hombre religioso, aunque niegue la religión de hoy, por eso su pintura es búsqueda y grito. Su experiencia artística entraña un desdoblamiento donde el yo inmediato, La Letra, tiende hacia la unión con el yo trascendental, El Alfabeto. Su pintura es un sistema de trascendencia y de búsqueda de lo Universal que lleva implícito en su estructura métodos de acercamiento y de purificación: renuncia, luz y éxtasis. Ya lo dijo Chagall : “El arte es sobre todo un estado del alma”.

Como artista, Andrés Waisman tiende a participar en lo absoluto al igual que el místico; y lo expresa en sus series en forma de liturgia pictórica, como si se tratase de un acontecimiento religioso. Donde el ser humano, ya como individuo - El Alfabeto Perdido - ya como grupo - Las Multitudes -, busca en el color y la forma la identidad y la nobleza de la que ha sido despojado. Su espíritu artístico se encarna misteriosamente, en estas bodas donde se funden ideas y color, con algo esencial al ser humano: su libertad para engendrar y participar del Misterio. Por eso, de su experiencia artística, de su reclamo de una nueva dignidad para la persona encasillada en una globalización sin ideas ni principios, nace una verdad tan humana como la esperanza de la Plenitud. Sin duda, en ningún texto mejor que El Alfabeto Perdido donde se exhibe y se pone en práctica la dialéctica entre la realidad concreta del acto de enunciación, su anclarse a la presencia de un sujeto real, y su transformación en figura de discurso, en un efecto del discurso que se da sólo en la pintura y que sólo dentro de la pintura se hace representable.

Va siendo hora ya que nuestra conciencia cultural, monopolizada últimamente por esos saurios mecánicos que son las personificaciones simplemente economistas, políticas y sociológicas, que presupuestan someternos a la servidumbre de una sociedad hecha a su cuantitativa imagen y semejanza deje de avergonzarse de cuanto le pone en presencia en forma de reto de sus razones trascendentales: su pintura.

Después de todo, como decía Juan Gris, la pintura se ha de hacer tal como uno es.

Jordi Aladro
Professor of Literature

University of California, Santa Cruz